

**Calidad democrática y participación popular en la Argentina y  
el Brasil contemporáneos**

Gabriel Eduardo Vitullo

Universidade Federal do Rio Grande do Sul

Prepared for delivery at the  
2001 meeting of the Latin American Studies Association,  
Washington DC, September 6-8, 2001

# Calidad democrática y participación popular en la Argentina y el Brasil contemporáneos

Gabriel E. Vitullo

Se pretende observar la situación de la democracia en la Argentina y Brasil en términos de calidad, densidad social y legitimidad popular, procurando descubrir sus características distintivas y escapar así de la dicotomía democracia/autoritarismo, tan frecuente en la transitología latinoamericana. Por medio del análisis de indicadores político-electorales, estadísticas sociales y datos de opinión pública, buscaremos examinar el proceso de debilitamiento y pérdida de substancia que sufre la democracia en estos países.

Una preocupación recurrente, en estos últimos lustros, entre los analistas de las transiciones latinoamericanas, es la observación de la forma en que finalizan los regímenes autoritarios y la modalidad que asume la restauración de los regímenes democráticos. Los estudiosos de estos temas suelen construir periodizaciones que los llevan a definir dónde comienza la transición y dónde termina ésta y empieza la consolidación democrática, así como aspiran, también, a la creación de tipologías *ex post* que ayuden a explicar los diferentes modos de transición política en los países de América Latina. En diversos trabajos, se han comparado las características de los regímenes autoritarios de cada país y el camino seguido en los procesos de apertura política y restauración de las instituciones democráticas, estableciendo contrapuntos entre los casos de estos países y los de Grecia, Portugal y España, donde se inauguró lo que Huntington (1991) denominó la tercera ola de redemocratización.

Tales análisis, que ocupan un lugar privilegiado en la ciencia política latinoamericana, han definido como principal objeto empírico la conducta, el accionar y las estrategias seguidas por los actores políticos y las elites dirigentes más relevantes, relegando a un segundo plano, o hasta dejando de lado, otros elementos explicativos de innegable importancia. Estas investigaciones, al pretender alcanzar una cierta capacidad predictiva, han enfatizado, así, la necesidad de diferenciar las diversas modalidades de cambio de régimen político a partir del eje ruptura/negociación, descuidando los componentes socioeconómicos de los procesos políticos en curso y las características o la naturaleza de los nuevos regímenes en términos de calidad, desempeño y legitimidad popular.

Trabajos como los de Garretón (1987), o estudios ya clásicos de la transitología democrática como el organizado por O'Donnell, Schmitter & Whitehead (1986), al querer evitar el reduccionismo economicista, caen en su opuesto: un politicismo extremo que no contempla las dimensiones

sociales y económicas de los fenómenos analizados. Esta clase de estudios, que imaginan una división de los procesos de desarrollo en fases consecutivas o tiempos diferentes - ciclos políticos, económicos y sociales - , planteando que primero debe darse una etapa de restauración de las instituciones políticas de la democracia - transición - y sólo en un segundo momento un proceso de democratización substantiva - consolidación de la democracia -, dificultan sobremanera la comprensión de la realidad en toda su riqueza y complejidad.

Como decíamos, dichos análisis se concentran en el comportamiento estratégico de las elites, exacerbando la dimensión voluntarista y desestimando la importancia de los elementos contextuales o estructurales y su influencia sobre el curso del desarrollo político. La democracia es definida, casi de manera exclusiva, como el resultado de las habilidades, tomas de decisiones y estrategias racionales desplegadas por los grupos dirigentes y los actores políticos más relevantes. Para los trabajos que adhieren a la corriente dominante de la transitología, los diversos cuadros y situaciones políticas dependen, fundamentalmente, de las 'jugadas' llevadas a cabo por un número limitado de participantes y de sus interacciones contingentes. Como explica Javier Santiso (1993:975), el espacio cualitativo fundamental en cuyo interior pueden producirse los procesos de democratización queda definido, desde esta perspectiva, por los actores y por los caminos y acciones que ellos elijan y no por las grandes cuestiones económicas o sociales.

La investigación que proponemos persigue, por lo tanto, como principal objetivo, una reflexión en torno del tipo de régimen político que se ha venido construyendo en Brasil y en la Argentina desde la restauración de las instituciones democráticas. Nos concentraremos, fundamentalmente, en la legitimidad sociopolítica que ostentan dichas democracias, tratando de aportar indicios que ayuden a descubrir cuáles son los elementos distintivos de los regímenes construidos en este rincón del mundo en los últimos años. Intentaremos acercarnos a un tipo de explicación que dé mayor espacio a los componentes sociales y económicos de la democracia, que preste mayor atención a las percepciones ciudadanas sobre la realidad política y que relativice el peso que, en desmedro de la conducta y sentimientos de otros actores colectivos y de las grandes masas populares, se suele otorgar a las elites dirigentes.

Nos dedicaremos a relevar algunos elementos que nos permitan pensar cuál es la democracia que existe en la Argentina y Brasil. Dejando atrás, insistimos, la dicotomía democracia/ autoritarismo y la preocupación por la supervivencia formal del régimen, trataremos de observar e interpretar ciertas señales que darían cuenta de aquello que Collier y Levitsky (1998:112) llaman el hibridismo latinoamericano y preguntarnos,

también, si tales señales no podrían estar expresando un paulatino proceso de descomposición política o una pérdida de substancia o contenido, proceso que podría tornar, en el futuro, cada vez más difícil considerar a estos países como democráticos.

Juntamente con Atilio Boron (1999), podemos preguntarnos ¿cuánta pobreza y exclusión puede resistir la democracia? Como bien sostiene este autor, la democracia, en tanto sistema de organización socio-política, no puede ser escindida de la estructura económico-social sobre la que reposa. Difícilmente pueda pensarse que un régimen democrático que deba seguir siendo considerado como tal pueda sostenerse en el mediano y largo plazo en una sociedad cada vez más injusta y desigual, donde las brechas no paran de agigantarse. Una democracia con algún contenido exige ciertas condiciones básicas de posibilidad, un cierto *mínimum* de igualdad e inclusividad. Teniendo en cuenta estas advertencias, es que buscaremos ver cuáles son las consecuencias inmediatas de la pauperización y el ensanchamiento de las distancias sociales sobre los sistemas políticos brasileño y argentino, cómo cambia el comportamiento político electoral en los lugares donde la exclusión (o descuidadización) se extiende con mayor velocidad, cómo crece la indiferencia por la cosa pública en los lugares donde las condiciones básicas para una vida digna se han deteriorado de forma más acentuada y la polarización social ha cobrado mayores proporciones y cómo esta indiferencia o desafección política se traduce en una trayectoria más errática, y hasta incoherente, en la emisión del voto dentro de ciertos sectores de la población, en un aumento del voto en blanco y nulo o hasta, directamente, en la no asistencia a las urnas.

Carlos Vilas (1998) apunta, con acierto, que el ahondamiento de las desigualdades sociales tensiona de manera creciente la estabilidad de las instituciones democráticas y mantiene viva la tentación autoritaria. Existen países, en el continente latinoamericano, donde tal tentación ha sido más visible, como en Perú o Paraguay, y otros donde, si bien la institucionalidad macro se mantiene dentro de parámetros 'normales', el retroceso en términos de ciudadanía es bastante evidente. En muchos países, la amenaza mayor residiría no ya en una directa vuelta al régimen autoritario, sino en una regresión o descomposición paulatina, que lleva a que el régimen democrático se convierta en un conjunto de rituales sin mayor contenido.

Situaciones de crisis semejantes o hasta menos graves que las que se viven en el presente en América Latina habrían bastado, en otras épocas, para desencadenar un golpe militar y el colapso de los regímenes democráticos. Como sostiene Boron (1994:37-38), el problema, actualmente, no consistiría tanto en una intervención directa de las fuerzas armadas, sino en el creciente déficit de legitimidad popular causado por la

incapacidad manifiesta de los regímenes democráticos para aliviar las condiciones de existencia de las grandes mayorías nacionales. El gran desafío hoy es el de evitar el progresivo vaciamiento de contenidos y fines de las democracias realmente existentes en el continente, así como neutralizar el riesgo de caer en dictaduras de nuevo tipo, dictaduras plebiscitarias que se alcen con el poder mediante el apoyo popular.

\* \* \*

Entre los indicadores que debemos tener en cuenta en el examen de la situación o calidad de la democracia en los dos casos nacionales seleccionados, cabe mencionar el que se refiere al grado e intensidad de la participación ciudadana en los procesos electorales. Considerando tal indicador como un requisito previo para el despliegue de otras modalidades de participación pública más comprometidas, resulta oportuno investigar qué proporción de la población está registrada como electora, cuántos de estos ciudadanos efectivamente votan y cuántos emiten sufragios válidos o, al contrario, lo hacen en blanco o anulan su voto. Como señalan Parry & Moyser (1994:44), cualquier evaluación que quiera realizarse sobre la extensión o profundidad de la democracia tendrá que incluir el grado de participación política popular en los procesos electorarios, lo que no habrá de configurar, lógicamente, una condición y expresión suficiente de la calidad de la democracia, pero sí una condición previa y necesaria.

Podemos concordar con William Barnes (1997) cuando apunta que los niveles de participación electoral no han sido, en general, objeto de comentarios o análisis que buscasen evaluar el progreso de los procesos democratizadores en el mundo por parte del *main stream* de la ciencia política. Niveles muy bajos de asistencia a las urnas no siempre han llamado la atención de aquellos especialistas. Junto con este autor, cabe afirmar – y ésta constituye una de las premisas de las que partimos al proyectar nuestra investigación –, que no puede hablarse de una democracia consolidada cuando operan niveles crecientes de abstención electoral, sobre todo si ésta se concentra en los sectores más empobrecidos de la población. Como dice Barnes (1997), no hay una auténtica democracia sin una extendida ciudadanía de masas.

La dilucidación de quiénes son los que votan y cómo lo hacen, es de fundamental importancia para evaluar cuál es la situación de la democracia que se está estudiando, cuál es el grado de legitimidad popular que ostenta ese régimen en una sociedad concreta. Nuevamente remitiéndonos a los postulados de Barnes (1997), puede añadirse que, a pesar de declarar enfáticamente que la existencia de elecciones limpias y libres debe ser parte esencial de toda y cualquier definición de la

democracia, los autores encuadrados en la escuela elitista-competitiva raramente estudian los grados de presentismo y abstencionismo como indicadores de los avances y retrocesos en los procesos de democratización. En general, estos enfoques tienden a no reconocer la importancia de una auténtica y activa ciudadanía de masas para la existencia de una democracia fuerte y saludable. Si, como demuestra Lijphart (1997), la desigualdad de representación e influencia política no está aleatoriamente distribuida, sino que está sistemáticamente orientada en favor de los más privilegiados en términos de riqueza, ingresos y educación, la profundidad con que tal desigualdad opere acarreará, indudablemente, consecuencias decisivas sobre la naturaleza y densidad de la democracia analizada.

Otro elemento importante que guarda relación con el tipo de participación electoral ejercida por la ciudadanía, es el del grado de variabilidad de las opciones llevadas a cabo por ésta entre una elección y la siguiente. Una extrema volatilidad del voto o un predominio del voto 'flotante' puede, también, estar expresando serios problemas de legitimación de las instituciones democráticas. A diferencia de lo que plantea Juan Linz (1997:416-417), para quien cuanto mayor sea la proporción de votantes 'flotantes', mayor será el clima de libertad y la capacidad de los ciudadanos de responder con mayor velocidad a los cambios políticos, sin estar condicionados socialmente, pensamos que una volatilidad elevada puede ser tomada como manifestación de una casi absoluta indiferenciación entre las diversas opciones políticas que se presentan al electorado o como indicio de una alta frustración popular frente a la conducta de los representantes. Precisamente, en esta investigación, queremos señalar cómo ha sido el comportamiento del electorado en los últimos tiempos y cuál ha sido el grado de volatilidad manifestado en los dos países y en las unidades político-administrativas en que estos se dividen. Mediante el auxilio del índice de volatilidad electoral de Pedersen (1983) y la observación de los resultados electorales en las distintas unidades político-administrativas de Brasil y la Argentina en las diversas elecciones, podemos medir y caracterizar este fenómeno.

Sin embargo, como no buscamos concentrarnos exclusivamente en los elementos electorales, en las cuestiones ligadas a la selección de los principales liderazgos políticos y en los niveles de participación en las votaciones, nuestro enfoque comprende, además, una observación del plano más estrictamente social. Apuntamos a examinar cuál es la situación de la democracia en contextos de empobrecimiento y deterioro general de las condiciones de existencia. Al incorporar una preocupación por la dimensión social de la democracia, como constitutiva de su propia definición, queremos resaltar la influencia que ejercen los niveles de desigualdad económica y social sobre los grados de efectividad en la realización de los derechos y oportunidades políticas en los dos países

elegidos. Como sostiene Roitman (1998:48), *la existencia formal de reglas de juego, iguales para todos, no genera necesariamente un orden político de desarrollo democrático. Las desigualdades aparecen con anterioridad a la propia reglamentación del juego.* Así la pregunta girará en torno de averiguar hasta qué punto la democracia puede ser compatible con altos y crecientes niveles de desigualdad y marginalidad social y qué tipo de democracia se levantaría sobre tales cimientos.

Por último, el otro plano que puede ser analizado es el que se refiere a las percepciones ciudadanas sobre la democracia y la política. Por medio de la utilización de datos de encuestas o sondeos de opinión llevados a cabo en todos estos años, es dable observar en qué medida la política es sentida como algo cada vez más lejano de las prácticas cotidianas. Podemos esbozar, así, una rápida reseña del estado de escepticismo en que se encuentra la ciudadanía respecto de la eficacia del sistema político para dar respuesta a sus demandas y problemas más acuciantes y tratar de entender cómo operan las sucesivas olas de desencanto y desilusión colectiva sobre los niveles de legitimidad del sistema democrático. Al sumar el punto de vista del ciudadano expresado en encuestas y sondeos de opinión, pretendemos alcanzar un panorama más amplio de cuál es la calidad, legitimidad y densidad social de las democracias realmente existentes en los países seleccionados.

Comenzando por la cuestión de la abstención electoral, debemos recordar, antes que nada, la importancia que tiene en los países de la región la existencia del voto obligatorio. La tradición en esta parte del mundo apuntó hacia la obligatoriedad del sufragio. A pesar de asumir formatos diversos, en general éste ha sido el carácter del voto en los países latinoamericanos. Esto es clave si pensamos que, por medio de encuestas, se ha venido demostrando que si el sufragio pasara a ser facultativo ocurriría una sensible merma en los índices de votación. Así por ejemplo, para el caso brasileño, Lijphart (1997) cita estudios que indican que los niveles de participación electoral podrían caer en hasta un 30% en caso de instaurarse el voto facultativo. Encuestas recogidas para el Latinobarómetro confirmarían estos guarismos, al mostrar que, en Brasil, los entrevistados que declaraban que votarían aunque el voto dejara de ser obligatorio constituían, en 1976, sólo el 58,5%; en 1978, el 43,9 % y en 1982, el 48,9%; cuatro años más tarde el 62,4% y en 1989 las respuestas afirmativas nuevamente descendían al 53,2% (Tendências, 1993).

Más allá de estos datos, el caso nacional que debería ser cuidadosamente estudiado y que podría llegar a mostrarnos cuáles serían las consecuencias de la eliminación de la obligatoriedad del voto - propuesta que ha sido impulsada por el ex-Presidente Menem en la Argentina y por numerosos políticos oficialistas en Brasil - es el de

Venezuela. Este país contaba, a lo largo de las últimas décadas, con niveles de presentismo electoral que rondaban el 90%. Luego de la abolición en la práctica del voto obligatorio, en 1993 (al eliminarse las penalidades previstas para quienes no concurren a las urnas), la participación electoral cayó a niveles cercanos al 60% (Molina Vega cit. por Lijphart, 1997). Puede observarse en este caso - generalizable, hipotéticamente, para todo el subcontinente latinoamericano - el cóctel explosivo que se produce al agregar a la exclusión social la eliminación del voto obligatorio: el resultado no puede ser otro que un dramático crecimiento en los niveles de abstención, con la consecuente pérdida de legitimidad popular de las instituciones y el vaciamiento del régimen democrático.

En la Argentina, por ejemplo, las tasas de participación electoral experimentaron aumentos importantes durante gran parte del siglo XX alcanzando, en 1958, el record histórico del 90,7% del electorado inscripto. Antes de esa fecha, la serie para las elecciones presidenciales fue la siguiente: en 1916 el 62,8%, en 1922 el 55,3%, en 1928 el 80,6%, en 1946 el 83,4% y en 1951 el 87,9%. En la década de los '60 hubo tan sólo una elección presidencial, en 1963, en la que el nivel de presentismo se situó en el 85,5%; en la década siguiente, el electorado fue llamado a las urnas en dos oportunidades para elegir presidente, en marzo y en septiembre de 1973, en la primera votó el 85,9%, en la segunda el 84,2%.

Con la redemocratización, en 1983, el presentismo se mantuvo en niveles semejantes: 85,6% en aquel año para la elección de Raúl Alfonsín y 85,1% para la primera presidencia de Carlos Menem en 1989. Para la reelección de Menem, en 1995, aparece ya una caída en los niveles de participación, votó el 81,2% del electorado registrado; esta baja se consolida en 1999, cuando fue electo Fernando De la Rúa, oportunidad en la que votó el 80,4% de los inscriptos en el padrón (Dirección Nacional Electoral, varios años).

En Brasil, si tomamos en consideración los datos de las elecciones presidenciales ocurridas desde la democratización y los comparamos con la información de los pleitos electorales anteriores al gobierno militar, encontraremos aumentos significativos en las tasas de participación. Sin embargo, si nos limitamos tan sólo a las elecciones de 1989, 1994 y 1998, podremos observar claramente una declinación en los niveles de presentismo: en la primera vuelta presidencial, en 1989, votó un 88,1% del electorado inscripto; en la segunda vuelta, cuando fue electo Fernando Collor, el nivel de presentismo se situó en un 85,6%; en 1994, para la primera elección de Fernando Henrique Cardoso, la tasa de participación electoral cayó al 82,3% y cuatro años más tarde, en 1998, la caída fue aun



más pronunciada: votó apenas el 78,5% del electorado registrado en los padrones (Tribunal Superior Eleitoral, varios años).

Tal vez sea interesante agregar también al análisis otros datos que se refieren al tipo de elección, lo cual puede ayudar a demostrar, conjuntamente con los números ya citados, que la importancia otorgada por la ciudadanía - y fundamentalmente por las organizaciones partidarias - a la contienda electoral puede tener una cierta incidencia en los niveles de presentismo alcanzados en los distintos comicios.

En la Argentina, cuando las elecciones no son para designar al candidato que habrá de ocupar el Ejecutivo Nacional, las cifras son sistemáticamente más bajas. Así vemos que en las dos elecciones intermedias ocurridas entre 1983 (recordemos, cuando la participación se situó en el 85,6%) y 1989 (cuando fue del 85,1%), los niveles de presentismo fueron menores: 83,8% en 1985 y 84,3% en 1987. Las elecciones legislativas que sucedieron a la presidencial de 1989 también presentan cifras inferiores a ésta: 80,3% en 1991 y 83,0% en 1993. La elección de mitad del segundo mandato de Menem también se sitúa por debajo de las presidenciales de 1995 (81,9%) y la de 1999 (80,1%): en 1997 votó tan sólo un 77,8% de los ciudadanos inscriptos en los padrones. Por otra parte, si consideramos otras elecciones nacionales no ordinarias, como fueron la Consulta Popular no Vinculante por la Cuestión del Beagle de 1984 (donde el voto no fue obligatorio) y la elección realizada 10 años más tarde para designar convencionales constituyentes, observamos que los niveles de presentismo varían conforme la importancia que los partidos y la ciudadanía en general le otorgan a la elección: en 1984 votó el 72,4% del electorado registrado y en 1994 el 77,5% (Dirección Nacional Electoral, varios años).

En Brasil el fenómeno se repite sólo parcialmente: los resultados muestran una participación electoral del 82,3% en 1982, un 95,0% en 1986 y 85,8% en 1990, todas elecciones para cargos legislativos y gobiernos estaduais que no coinciden con las elecciones presidenciales. Confrontadas con el pleito electoral de 1989, donde hubo elección también para el Ejecutivo Nacional, veremos que salvo para 1986, en las otras oportunidades anteriores a 1994 - cuando pasaron a unificarse todas las elecciones nacionales - los guarismos tienden a ser menores. Esta tendencia también se reflejó en el caso del referéndum de 1993 para elegir la forma y sistema de gobierno: en dicha consulta la participación del electorado se situó en un 74,2% de los inscriptos, cifra significativamente más baja que las que se dieron en los comicios para elegir autoridades (cf. Nicolau, 1998; Figueiredo, 1993; TSE, 1999).

Un elemento a tener en cuenta, ya que nos referimos a la influencia que pueda tener la obligatoriedad del sufragio sobre las tasas de

presentismo electoral es, para el caso brasileño, que si bien se exige el voto a los ciudadanos que tienen entre 18 y 70 años pasando a ser optativo para los mayores de 70, hay otros dos importantes grupos sociales para los cuales la Constitución prevé el derecho pero no la obligación de emitir el sufragio: los ciudadanos que tienen entre 16 y 18 años y los analfabetos, grupos estos que, indudablemente, están entre los más vulnerables a las políticas económicas llevadas a cabo por el gobierno federal en los últimos años.

Tanto los menores de 18 como los analfabetos han disminuido su participación medida como proporción del universo total de electores: los primeros constituían en 1994 en el estado de Rio Grande do Sul (tal vez el estado más politizado de Brasil) el 2,0% del electorado total, en 1996 el 1,9%, en 1998 1,5% y en la últimas elecciones municipales, llevadas a cabo en el 2000, el porcentaje de menores de 18 inscriptos en los registros electorales ha caído a tan sólo el 1,3%. Este mismo grupo, considerado para Brasil en su conjunto, también ha perdido importancia: en 1994 constituía el 2,2% del padrón, cuatro años más tarde, en 1998, configuraba sólo un 1,8%. Con los analfabetos se producen tendencias muy similares, en Rio Grande do Sul eran, en 1994, el 6,0% del electorado, en 1996, el 4,7%, en 1998, el 4,5% y en el 2000 tan sólo el 4,4% (tengamos en cuenta que la tasa de analfabetismo en esta unidad de la federación es de 7,0%, lo que equivale a decir que prácticamente 40% de los analfabetos del estado no ejercen su derecho a inscribirse en los padrones). En Brasil en su conjunto, el 8,0% del padrón está formado por analfabetos, mientras que la tasa de los que no saben leer ni escribir entre los que tienen más de 15 años de edad asciende, de acuerdo a las informaciones censales, al 14,7%, una diferencia de casi 7 puntos entre un valor y otro, o dicho de otra forma: 45% de los analfabetos brasileños no están ni siquiera registrados para poder votar (IBGE; TRE-RS; TSE, varios años).

En lo que se refiere al voto en blanco y nulo en los dos países, comprobamos cómo estos dos tipos de comportamiento han venido en aumento en las últimas elecciones. En la Argentina el voto en blanco en las elecciones presidenciales en los 80 fue en promedio de 1,7%, en los 90 este promedio subió al 4,0%. Con los votos nulos la tendencia fue semejante: 0,6% en los 80, 0,8% en los 90. Considerando los valores para las elecciones de legisladores nacionales, el fenómeno se repite: en los 80 el promedio da 1,5% de votos blancos y 0,5% de votos nulos, en la última década 3,8% y 0,8 para blancos y nulos respectivamente.

En Brasil la trayectoria ha sido la siguiente: los votos en blanco han oscilado en las presidenciales entre el 1,5% en promedio para las dos vueltas de 1989 y el 9,3% en 1994 y 8,0% en 1998. En las elecciones para diputados federales los valores han sido 10,9% en 1982, 22% en

1986, 30% en 1990, 16,2% en 1994 y 10,3% en 1998. Los votos nulos se situaron en 4,6% en promedio en 1989 (para las dos vueltas), 9,6% en 1994 y 10,7% en 1998. En los comicios legislativos los nulos fueron de 4,2% en 1982, 6,2% en 1986, 13,7% en 1990, 25,0% en 1994 y 9,8% en 1998. Resumiendo estas informaciones en un único índice, podremos observar el aumento preocupante de la desafección político-electoral: para diputados federales 30,1 (1982), 31,8 (1986), 51,7 (1990), 51,6 (1994) y 37,3 (1998), para presidente 17,5 (1989-I), 19,4 (1989-II), 33,5 (1994) y 36,2 (1998).

En cuanto a la volatilidad, esta puede ser medida en términos agregados a través del índice de Pedersen (1983), que consiste en dividir por dos la suma de las diferencias absolutas que resultan de comparar los votos obtenidos por cada partido o alianza en una elección y la siguiente. Este índice varía entre un valor de 0 (cuando las preferencias de los votantes agregadas se mantienen idénticas entre ambas elecciones) y 100 (cuando todos los votos van a parar a nuevos partidos o fuerzas políticas) y presenta en los países europeos un valor promedio de 8,6 en los cien años transcurridos entre 1885 y 1985 y en Estados Unidos un promedio de 4,5 entre 1948 y 1996 en los pleitos para legisladores federales y 11,2 en las presidenciales (cf. Roberts & Wibbels, 1999).

En Brasil y la Argentina la volatilidad ha venido oscilando en los últimos tiempos, los valores que la expresan pueden ser resumidos de forma bastante esquemática en los cuadros 1 y 2. Allí vemos cómo en general los valores son más elevados para el caso brasileño (llegan a 25,5 puntos en las elecciones para Diputados Federales de 1990 y a 56,7 en el pleito para Presidente de 1994). Sin embargo, también podemos observar que en el caso argentino hay elecciones donde la volatilidad agregada, al confrontar los resultados con los de la elección anterior, son bastante significativos (por ejemplo los 18,5 puntos de volatilidad en las elecciones de Convencionales Constituyentes en 1994 y los 27,7 puntos en la elección presidencial de 1995), valores que se alejan bastante de los promedios de los países más desarrollados. Siendo el fenómeno de la mutación e inestabilidad de las preferencias de los votantes más agudo en Brasil, podemos tomar los valores por estado (cuadro 3) y verificaremos una gran dispersión de resultados, que van de una volatilidad de 64,6 puntos en 1990 y 66,8 en 1994 encontrada en Alagoas o 60,7 en Rondonia en 1994, a valores mucho más bajos, como los que presentan Rio Grande do Sul (22,3 puntos en 1986, 21,0 en 1990 y 17,0 en 1994) o Santa Catarina (7,9 en 1986, 18,7 en 1990 y 13,4 en 1994) (para mayores detalles sobre la volatilidad electoral en los dos países ver Vitullo, 2000).

Cuadro 1: Brasil, volatilidad electoral

## Diputados y presidenciales

Diputados		Presidenciales	
1986 x 1982	17,7	1994 x 1989	56,7
1990 x 1986	25,5	1998 x 1994	10,2
1994 x 1990	14,5		
1998 X 1994	12,8		
Promedio	17,6	Promedio	33,4

Fuente: elaboración propia en base a datos del TSE.

## Cuadro 2: Argentina, volatilidad electoral Diputados y presidenciales

Diputados		Presidenciales	
1985x1983	8,1	1989 x 1983	13,4
1987x1985	7,9	1995 x 1989	27,7
1989x1987	9,9	1999 x 1995	12,5
1991x1989	13,8		
1993x1991	8,9		
1994x1993*	18,5		
1995x1994	10,9		
1997x1995	11,0		
1999x1997	4,7		
Promedio	10,4	Promedio	17,9

\* La elección de 1994 fue para Convencionales Constituyentes.

Fuente: elaboración propia en base a datos de la Dirección Nacional Electoral.

## Cuadro 3: Brasil, volatilidad electoral por Estado Diputados

	1986 x 1982	1990 x 1986	1994 x 1990
Acre	19,0	19,7	23,2
Alagoas	23,7	64,6	66,8
Amapá	34,2	31,7	28,9
Amazonas	35,5	36,7	24,2
Bahia	30,5	32,1	22,6
Ceará	37,0	14,4	32,9
Espírito Santo	16,7	23,1	27,9
Goiás	21,6	25,0	28,1
Maranhão	17,1	37,8	35,7
Mato Grosso	25,7	48,0	29,1
Mato Grosso do Sul	24,3	51,9	48,7
Minas Gerais	25,8	39,1	30,0
Pará	23,7	35,9	26,5
Paraíba	16,6	43,5	26,2
Paraná	21,9	43,0	40,6
Pernambuco	13,2	34,1	20,2
Piauí	10,0	16,4	19,1
Rio de Janeiro	27,4	29,7	31,3
Rio Grande do N.	6,8	30,5	33,0
Rio Grande do Sul	22,3	21,0	17,0
Rondonia	30,6	62,9	60,7
Roraima	56,5	50,7	29,9
Santa Catarina	7,9	18,7	13,4
São Paulo	50,0	19,9	18,1
Sergipe	30,2	29,9	35,2

Fuente: elaboración propia en base a datos del TSE.

El sistema electoral de lista abierta y voto por candidato en las elecciones proporcionales, existente en Brasil, ejerce una influencia evidente sobre la alta volatilidad electoral registrada. El aumento de la volatilidad en los resultados electorales se manifiesta con marcada intensidad en este tipo de compulsas. En las elecciones proporcionales para cargos legislativos los partidos políticos no tienen un lugar demasiado destacado y lo que predomina es la figura de los candidatos, por ser estos últimos los que tienen la tarea de juntar votos y convencer a los electores de sus cualidades personales.

Esta clase de reglas institucionales pueden estar acelerando los procesos de desinterés y alejamiento de la política por parte de la ciudadanía. Al acentuarse la personalización y el desdibujamiento del perfil

de los partidos, la responsabilidad por el éxito electoral queda en manos, casi exclusivamente, de los candidatos. En contextos de acelerada desagregación social, estas reglas dificultan la construcción de verdaderas alternativas políticas. El elector, al votar por candidatos y no por partidos, ve disminuidas sus oportunidades de exigir rendición de cuentas y de conseguir la articulación de políticas coherentes. La posibilidad de presentar alianzas diferentes en cada distrito – cosa que ocurre tanto en Brasil como en la Argentina - también contribuye a desdibujar la identidad y unidad organizativa de los partidos. Otro elemento que aumenta las probabilidades de votos diferentes y hasta antagónicos por parte de la ciudadanía es la realización de comicios en fechas diferentes de acuerdo a los niveles de gobierno de que se trate, lo que incrementa las tasas de fragmentación partidaria (proceso que puede ser apreciado claramente para el caso argentino en las elecciones de 1999, donde muchas provincias han decidido desdoblar los comicios para elegir autoridades locales de los comicios nacionales).

En este último país, el fenómeno de personalización de las opciones electorales se ve con una frecuencia creciente en las elecciones para cargos ejecutivos. Con la particular mecánica de acumulación de votos adoptada por los candidatos mayoritarios, según la cual cada candidato puede ser avalado por más de una lista - por ejemplo en las últimas elecciones presidenciales el candidato Eduardo Duhalde sumó el apoyo de 15 listas diferentes-, los partidos pierden identidad y relevancia frente a los ojos de los votantes. Aun con candidatos no demasiado carismáticos, lo que prima a la hora de elegir es la confiabilidad personal que merezca el postulante al cargo en disputa y no la propuesta política que enarbola y el partido político que integra (para mayores detalles sobre este tema ver Vitullo, 2001). Así, sin partidos con propuestas y programas diferenciados y claramente identificables que sirvan como marco de referencia, la movilización popular asume un carácter intermitente, al margen de los canales institucionales formales, generando un clima de aguda incertidumbre en relación a la consistencia y futuro de las instituciones democráticas.

Puede argumentarse que la atomización de la oferta partidaria, la caída en los niveles de presentismo en los comicios, la personalización de las opciones electorales y la errática mutación de las preferencias de los votantes, serían síntomas evidentes de la severa desestructuración social y consecuente apatía y desinterés por la política que sufren las grandes masas en Brasil y en la Argentina. Al contrario de lo que señalan ciertos autores y editorialistas de diarios importantes de la región, según los cuales la alta variación en el comportamiento y opciones del elector serían expresión de una mayor autonomía, independencia y capacidad de reflexión, se puede sostener que tales fenómenos estarían encendiendo una clara señal de alarma sobre el futuro de la democracia.

Sin embargo, como apuntáramos anteriormente, hay otras formas de evaluar y explicar los diversos componentes de la desafección política - entendiendo por ella tanto la abstención o el voto en blanco y nulo, como la mutación permanente e inconsistente de las preferencias político-partidarias. Una de estas otras formas de explicación gira en torno de la observación de las condiciones sociales prevalecientes en los países estudiados y su relación con tales indicadores políticos.

En esta línea, cabe sostener que, en contextos de empobrecimiento y marginación de vastos sectores de la población, donde se profundizan la desestabilización de la condición salarial, la precarización y flexibilización de las relaciones de trabajo y, en definitiva, la degradación de las condiciones mínimas de existencia, los fundamentos para una democracia más substantiva son cada vez más débiles. Una democracia más activa y comprometida se torna una meta cada vez más distante. Al ver que les es negado su derecho básico a participar en la sociedad y estar incluidos en ella, los individuos no sienten demasiado interés por lo que sucede en el mundo político, sumidos como están en una gran incertidumbre en relación a su futuro, todo lo cual, insistimos, mina a las democracias interiormente, las fragiliza y corroe sus fundamentos.

En general los que son expulsados de la sociedad, difícilmente vuelven a entrar en ella o a reintegrarse. Estos excluidos carecen de las herramientas necesarias para ejercer sus derechos políticos básicos, carecen de información, no han tenido acceso a la educación, y todo ello contribuye a la pasividad, la despolitización, los sentimientos de anomia y aislamiento social imperantes. La miseria y opresión pueden llevar a espasmódicas y violentas irrupciones en la escena social, pero no consiguen traducirse en una movilización más consciente y persistente que permita a estos sectores salir del ostracismo político.

Sin pretender agotar de forma alguna tan vasto tema, se pueden ensayar algunas correlaciones entre tasas de abstención, voto en blanco y voto nulo por una parte y factores de índole social por la otra, tratando de encontrar evidencias que indiquen algún tipo de causalidad entre esas variables. Ya otros autores han buscado establecer el grado de asociación entre, por ejemplo, crisis económicas (ligadas a subas inflacionarias y caídas en el PBI per cápita) y niveles de fluctuación electoral en América Latina (cf. Remmer, 1991; Roberts Wibbels, 1999). Sin embargo, en nuestro caso, nos concentraremos en cuestiones más estructurales, que inciden sobre las formas de integración social.

Concretamente trabajaremos con el Índice de Desarrollo Humano (IDH), índice que ha sido calculado por primera vez por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo en 1990 y que combina indicadores de

expectativa de vida, nivel educativo (tasas de alfabetización y cantidad de años promedio de escolarización) e ingreso per cápita. Esta herramienta, más allá de las críticas que se le han efectuado, permite, aun con cierto grado de generalidad, la medición y comparación entre países a partir de un instrumental uniforme (UNDP, 1999). Básicamente, en valores promedios, refleja la situación social prevaleciente en la unidad territorial considerada, tanto en lo que se refiere al estado de salud de la población, como a los niveles educativos alcanzados y el nivel de poder adquisitivo individual. Aprovechando que los valores de este índice han sido calculados también para las unidades subnacionales de varios países, entre ellos Brasil (IBGE, 2000), podremos realizar un ranking a partir de la situación social de los diferentes estados y proceder a medir el grado de asociación de tal ordenamiento con el ordenamiento de los distintos indicadores políticos seleccionados. En el caso de la Argentina una medición semejante a la realizada por el PNUD hecha por el Senado de la Nación (1997) nos permitirá efectuar el mismo tipo de trabajo y evaluar el grado de asociación entre variables.

Si observamos las informaciones volcadas en la columna A del cuadro 4, podremos ver cómo tiende a verificarse una correlación bastante significativa entre la abstención que se dio en cada año electoral en Brasil y el IDH calculado por estados, tomando el de fecha más cercana. Los valores más bajos se produjeron para las elecciones presidenciales de 1994 y las de diputados federales en 1982 y 1986. Si, seguidamente, evaluamos la correlación de porcentaje de votos en blanco y el IDH (columna B), también podremos apreciar que los valores son asimismo significativos salvo para un caso, el de 1982, año en el que todavía se arrastraba la dinámica propia de los tiempos más duros de la dictadura militar, cuando el voto en blanco era utilizado como una forma de expresar políticamente el descontento con el régimen. Por último, en el caso de los votos nulos (columna N), los valores son muy dispares, existiendo muchos que muestran una relación contraria a la esperada, como es el caso de las correlaciones negativas resultantes del cruce entre el IDH y los guarismos de la segunda vuelta de 1989 y de las legislativas de 1986, 1990 y 1994. Ello nos puede llevar a pensar que no son los mismos factores sociales los que ayudarían a explicar el comportamiento abstencionista y el acto de anular el voto, como ya concluía Lima Júnior (1990) al estudiar los factores determinantes de la alienación política en Brasil algunos años atrás. Podría llegar a afirmarse, dada la gran variabilidad encontrada, que el voto nulo sería utilizado también por ciertos sectores como un acto consciente de protesta, y no constituiría tan sólo un síntoma de alienación o alteridad en relación al mundo de la política.

En esta línea, el caso de las dos vueltas de las elecciones de 1989 sirve como un muy buen ejemplo. Si tomamos los datos desagregados por estado, veremos que en todos ellos aumentó considerablemente la tasa de



abstención electoral entre la primera y la segunda vuelta. El voto en blanco y nulo, en cambio, disminuyó en todos salvo seis distritos, justamente los más desarrollados en términos sociales: Rio de Janeiro, São Paulo, Paraná, Santa Catarina, Rio Grande do Sul y el Distrito Federal (Brasilia). Así se puede apreciar claramente el diferencial de comportamiento según los estados y capturar la abstención que no responde a fenómenos de anomia social sino a una decisión conscientemente adoptada de no concurrir a las urnas, votar en blanco o anular el sufragio. Particularmente para el voto nulo, si comparamos los guarismos de la primera y segunda vuelta y tales diferencias las correlacionamos con el IDH más próximo (1991), encontramos un grado de asociación muy fuerte, de 0,9212, lo que refuerza lo que venimos diciendo en el sentido de que cuanto mayor es el desarrollo social, mayor es el aumento del voto nulo entre la primera y la segunda vuelta como acto conscientemente decidido y no como síntoma de alienación política o desestructuración social.

Cuadro 4: Brasil, correlaciones entre indicadores electorales e Índice de Desarrollo Humano (PNUD) (1980,1991,1995,1996)

		Abst. (A)	Blancos (B)	Nulos (N)
Presidenciales	1989-I	0,6325	0,9200	0,8211
	1989-II	0,6142	0,8016	-0,0488
	1994	0,3590	0,8077	0,6947
	1998	0,6038	0,5269	0,5586
Diputados Federales	1982	0,3638	-0,0323	0,4523
	1986	0,3565	0,6119	-0,3288
	1990	0,6123	0,5598	-0,3687
	1994	0,5049	0,6380	-0,1276
	1998	0,5904	0,4512	0,3462

Fuente: elaboración propia en base a datos suministrados por el TSE y el IBGE.

Nota: para realizar las correlaciones se tomó siempre el IDH de fecha más próxima.

En el caso de la Argentina (cuadro 5), las correlaciones entre desarrollo social y abstención también apuntan hacia la dirección esperada: cuanto menor es el grado de desarrollo de los distritos considerados, mayor es el nivel de abstención encontrado. Para los votos en blanco y nulo, en cambio, las correlaciones no siempre son significativas y cuando sí lo son van en la dirección opuesta a la inicialmente prevista: este tipo de comportamiento frente a la oferta electoral tiende a crecer en las provincias con niveles más elevados de

desarrollo social. Nuevamente se debe considerar que la abstención y el voto en blanco y nulo no pueden ser atribuidos a los mismos factores, no son los mismos elementos los que nos permitirán comprender estos fenómenos. Los guarismos sobre voto en blanco y voto nulo reflejarían no sólo la actitud de individuos alienados sino también la de muchos ciudadanos con cierto grado de politización que conscientemente manifiestan su rechazo a las propuestas político partidarias que se presentan, lo cual, de cualquier manera, representa un claro síntoma del grado de descontento que existe en relación al sistema político y su funcionamiento.

Cuadro 5: Correlaciones entre indicadores electorales e Índice de Desarrollo Humano (1997) - Argentina

	Abst. (A)	Blancos (B)	Nulos (N)
1983	0,7930	-0,1261	0,1496
1985	0,5774	-0,1687	-0,0809
1987	0,6117	-0,2994	0,0800
1989	0,5270	-0,0748	0,0217
1991	0,2096	-0,5613	-0,2169
1993	0,5191	-0,0939	-0,5138
1994*	0,5504	0,0513	-0,1670
1995	0,4791	-0,1461	-0,0357
1997	0,4426	-0,5443	-0,4157

Fuente: elaboración propia en base a datos suministrados por la Dirección Nacional Electoral y el IDH calculado por el H.Senado de la Nación.

\* Elección para Convencionales Constituyentes.

De lo dicho, inferimos que el proceso de exclusión económica y social se estaría expresando, también, en términos de marginación o ajenidad en relación al mundo de lo político e insatisfacción con la propia democracia. Concordando con Pedro Demo (1991), se puede sostener que la pobreza económica y social encuentra su correlato en altos índices de pobreza política. Cada vez son más los que quedan fuera de la esfera política y pierden, por no ejercerla, hasta la igualdad formal que implica el derecho al sufragio. En nuestros países, las democracias capitalistas realmente existentes - o capitalismo democráticos, como Boron en uno de los textos supracitados prefiere llamarlas – estarían perdiendo dramáticamente su substancialidad.

Si la democracia, para ser tal, exige la más extendida y decidida participación de las grandes masas populares en los asuntos públicos, el creciente ausentismo y la expansión del 'votoblanquismo' no pueden sino

aumentar la preocupación en relación a la calidad y espesor de las democracias realmente existentes en Brasil y la Argentina, al poner en duda la propia legitimidad de las mismas. Coincidiendo con autores de la talla de Carole Pateman (1992), Peter Bachrach (1973) y el profesor canadiense Crawford Macpherson (1978), cabe señalar que la democracia no puede limitarse a un mero procedimiento, no puede concebirse como un simple mecanismo de constitución y organización del poder político. La democracia implica una real y constante intervención de las grandes mayorías en el manejo de la cosa pública, lo que incluye, entre otras cosas y como actividad básica y primigenia, la asistencia consciente a los comicios donde habrá de elegirse representantes.

Esta ajenidad en relación al mundo de la política se verifica en numerosas encuestas realizadas en los dos países en los últimos tiempos. Así vemos, por ejemplo, cómo en la Argentina, en una medición reciente efectuada por Gallup, un 80% de los entrevistados rechazaban la política por considerarla una actividad poco respetable (La Nación, 2/04/01). En este mismo sondeo, cuando la pregunta apuntaba a recoger opiniones en relación al funcionamiento de la democracia, tan sólo un 20% de los consultados sostuvo que la democracia funciona bien en la Argentina, el resto manifestó que funciona de forma regular o directamente negativa.

Al tomar los datos del Latinobarómetro – encuesta aplicada anualmente desde 1995 de manera simultánea en 17 países de América Latina -, podremos observar que en toda la región ha caído el apoyo al régimen democrático y ha aumentado el porcentaje de aquellos que admiten preferir un régimen autoritario. En el caso de Argentina, la democracia recibía adhesiones que oscilaban entre un 71% y un 75% en las mediciones realizadas entre 1996 y 2000, ya en la encuesta de 2001 se refleja una caída bastante pronunciada: tan sólo 58% de los entrevistados optan por el régimen democrático y 21% prefieren, en ciertas circunstancias, un régimen de fuerza (contra el 16% del año anterior) (Latinobarómetro, 2001; The Economist, 2001; Lagos, 2000; Tendências, 2000).

Los números en Brasil son aún más alarmantes. Después de alcanzar un valor máximo de 50% (en las mediciones de 1996 y 1997), la tasa de apoyo al régimen democrático descendió a 48% en 1998, a 39% en el 2000 y volvió a caer de manera pronunciada en la última medición: sólo 30% de los entrevistados defienden la democracia. En el sondeo de este año el 70% restante se divide entre los que directamente defienden un régimen autoritario (18%) y aquellos que no saben o expresan que les da lo mismo uno u otro sistema de gobierno (52%) (Latinobarómetro, 2001; The Economist, 2001; Lagos, 2000; Tendências, 2000).

De acuerdo con la misma fuente, cuando la pregunta se refiere al grado de satisfacción que tiene la ciudadanía de los distintos países latinoamericanos con el funcionamiento de la democracia, vemos nuevamente la repetición del fenómeno antes citado. Hay un crecimiento bastante significativo entre los entrevistados que dicen estar insatisfechos con la forma en que funciona la democracia. En Argentina, en la última medición, esta cifra se aproxima al 80%, en Brasil llega casi al 70% de los entrevistados (The Economist, 2001).

Este fenómeno se expresa también cuando la ciudadanía es consultada acerca de la confianza que tiene en determinadas instituciones claves para el funcionamiento de la democracia. En la medición realizada por el Latinobarómetro del año pasado, en Argentina sólo 35% decían confiar en el Congreso y 34% en los partidos políticos. En Brasil los niveles de confianza para estas instituciones se situaban en 19% y 13% respectivamente (Latinobarómetro 2001).

La lectura de estos datos nos permite resaltar que la pérdida de legitimidad de un régimen no es causa suficiente para su desintegración, sin embargo, denota una evidente señal de su deterioro y pérdida de calidad. Si los avances y conquistas políticas concretadas en América Latina a partir del derrumbe de las dictaduras militares no son acompañados de una mejoría substantiva en las condiciones de vida de las grandes masas populares y una disminución de las desigualdades sociales, las democracias de la región no encontrarán pilares demasiado consistentes sobre los cuales poder apoyarse.

Como vimos, para una adecuada caracterización del tipo de sistema político vigente en Argentina, Brasil y en general en el resto de América Latina, no basta con prestar atención a la forma en que son designadas las autoridades. No es suficiente con verificar la realización de elecciones, tampoco con observar la celebración de determinados rituales políticos, sino que debe examinarse también, y con especial cuidado, las condiciones sociales en que tal sistema opera, el grado de inclusividad de la ciudadanía, las actitudes y sentimientos de los sectores populares frente al mundo político y a la democracia y las modalidades concretas que asume el ejercicio del gobierno.

Después de lo expresado en estas páginas, podemos concluir que la crisis de las democracias realmente existentes en esta parte del continente encuentra sus reflejos, entre otras cosas, en una abstención electoral creciente, en un aumento de la apatía, la frustración o desencanto y en considerables déficits de participación político y social. Puede sostenerse que amplios sectores de la población de estos países perciben la democracia como una formalidad cada vez más vacía. Para muchos la política es sentida como algo cada vez más lejano de sus vidas cotidianas,

lo que agudiza el escepticismo y la apatía reinantes. Si los partidos políticos son cuestionados, si se pone en duda su capacidad de transmisión de demandas, formación de opiniones y articuladores de nuevos horizontes colectivos, cabe preguntarse si la democracia no queda a la deriva. Evidentemente la crisis social lleva al socavamiento de los propios fundamentos del sistema democrático. El espesor social y la legitimidad popular de las democracias realmente existentes en la región se tornan cada vez más débiles, llevando a que sea difícil pensar en su consolidación. Frente a sentimientos de impotencia generalizados, frente a la aparente imposibilidad de cambios y la aparente falta de alternativas, la democracia, por estas latitudes, ve mermada sus posibilidades de desarrollo y expansión.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bachrach, Peter. *Crítica de la teoría elitista de la democracia*. Buenos Aires: Amorrortu, 1973.
- Barnes, William A. *Elections in Incomplete Democracies: The Myth and the Reality of Polarization, and the Puzzle of Voter Turnout in Nicaragua and El Salvador*. LASA, Guadalajara, México, 1997.
- Blackburn, Robin et.al. Estado, democracia e alternativa socialista na era neoliberal. En Sader, Emir; Gentili, Pablo (org.) *Pós-Neoliberalismo II: Que Estado para que democracia*. Petrópolis: Vozes, 1999. p.131-182.
- Boron, Atilio A. Os 'novos leviatãs' e a pólis democrática: neoliberalismo, decomposição estatal e decadência da democracia na América Latina. In Sader, Emir; Gentili, Pablo (org.) *Pós-Neoliberalismo II: Que Estado para que democracia*. Petrópolis, RJ: Vozes, 1999. p.7-67.
- Boron, Atilio. A transição para a democracia na América Latina: problemas e perspectivas. In: Estado, capitalismo e democracia na América Latina. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1994. p.7-48.
- Collier, David; Levitsky, Steven. Democracia con adjetivos: innovacion conceptual en la investigacion comparativa. *Agora*, n.8, verano de 1998. p. 99-122.
- Demo, Pedro. *Cidadania menor: algumas indicações quantitativas de nossa pobreza política*. Petrópolis: Vozes, 1991.
- Dirección Nacional Electoral. *Resultados electorales nacionales*. Buenos Aires: Ministerio del Interior, varios años.
- Figueiredo, Marcus. *Os plebiscitos de 1963 e 1993 e a participação eleitoral*. Campinas: Opinião Pública-CESOP, v.1, n.1, 1993. p.3-8.
- Garretón, Manuel Antonio M. *Reconstruir la política: Transición y consolidación democrática en Chile*. Cap.I. Democracia, transición y consolidación un esquema general. Santiago de Chile: Ed.Andante, 1987.
- Huntington, Samuel P. *The third wave: democratization in the late 20<sup>th</sup> century*, Norman: University of Oklahoma Press, 1991.
- H. Senado de la Nación. *Informe argentino sobre Desarrollo Humano*. Buenos Aires, 1997.

- IBGE. *Índice de Desenvolvimento Humano*. URL: <http://www.ibge.gov.br>, capturado en la Internet en marzo de 2000.
- Lagos, Marta. A máscara sorridente da América Latina. *Opinião Pública*, v. 6, n.1. Campinas: CESOP, 2000. p. 1-16.
- La Nación. Alto rechazo de la gente a la actividad política. Buenos Aires: 2/4/2001.
- Latinobarómetro. <http://www.latinobarometro.org>. julio de 2001.
- Lijphart, Arend. Unequal participation: democracy's unresolved dilemma. Presidential Address". *American Political Science Review*, v. 91, n.1. 1997. p. 1-14.
- Lima Júnior, Olavo Brasil. Alienação eleitoral e seus determinantes: nota de pesquisa. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, v.5, n.14. 1990. p.68-72.
- Linz, Juan J. Some thoughts on the victory and future of democracy. In Hadenius, Axel (ed) *Democracy's victory and crisis: Nobel symposium n.93*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997.
- Macpherson, Crawford B. *A democracia liberal: origens e evolução*. Rio de Janeiro: Zahar, 1978.
- Milbraith, Lester. *Political participation: how and why people get involved in politics?* Chicago: Morton Grodzins, 1965.
- Nicolau, Jairo Marconi (org). *Dados eleitorais do Brasil (1982-1996)*. (Rio de Janeiro: Iuperj - Ucam - Revan), 1998.
- Pateman, Carole. *Participação e teoria democrática*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1992.
- Parry, Geraint; Moyser, George. More Participation, More Democracy? In: Beetham, David (ed) *Defining and Measuring Democracy*. Londres: Sage, 1994. p. 44-62.
- Pedersen, Mogens. Changing patterns of electoral volatility in european party systems, 1948-1977. In: Daalder, Hans; Mair, Peter (ed.). *Western european party systems: continuity and change*. Beverly Hills, CA: Sage, 1983. p.29-66.

- O'Donnell, Guillermo; Schmitter, Philippe; Whitehead (eds). *Transitions from authoritarian rule*. Johns Hopkins University Press, 1986.
- Remmer, Karen L. The political impact of economic crisis en Latin America in the 1980s. *American Political Science Review*, v.85, n.3. 1991. p.777-800.
- Roberts, Kenneth M.; Wibbels, Erik. Party Systems and Electoral Volatility in Latin America: A Test of Economic, Institucional, and Structural Explanations. *American Political Science Review*, v.93, n.3, 1999. p.575-590.
- Roitman, Marcos Rosenmann. *Las razones de la democracia: poder político, orden social y realidad económica*. Toledo: Sequitur, 1998.
- Santiso, Javier. La démocratie incertaine: la théorie des choix rationnels et la démocratisation en Amérique latine. *RFSP*, v.43, n.6, déc.1993. p. 970-993.
- Tendências 1993. Opinião Pública. v.1, n.1. Campinas: CESOP, 1993. Encarte de dados de opinião pública.
- The Economist. *An alarm call for Latin American's democrats: the Lationbarometro poll*. 26/7/2001. URL: <http://www.economist.com>
- Tribunal Superior Eleitoral, varios años. *Estatísticas eleitorais*. URL: <http://www.tse.gov.br>.
- UNDP. *Analytical tools for human development*. 1999. URL: <http://www.undp.org>.
- Vilas, Carlos. De ambulancias, bomberos y policías: La política social del neoliberalismo. *Desarrollo Económico*. v.36, n 144. Enero-Marzo de 1998.
- Vitullo, Gabriel E. Participación electoral, comportamiento político y desestructuración social en Argentina y Brasil. In: Primer Concurso para jóvenes investigadores de América Latina y el Caribe. CLACSO – ASDI ([http://www.clacso.org/becas/becas/junior/body\\_junior.html1](http://www.clacso.org/becas/becas/junior/body_junior.html1)), 2000.
- Vitullo, Gabriel E. ¿Doble voto simultáneo y acumulativo en las elecciones presidenciales argentinas? Organizado por Mallo, Susana, Serna, Miguel. *Seducción y apatía: los cambios electorales de los 90 en América Latina*. Montevideo. 2001. En prensa.